Paola Myriam Visconti

DYNOWISH

El protector de los sueños

El lirio lunar

Vol. 2



Picarona

Puedes consultar nuestro catálogo en www.picarona.net

Dynowish. El lirio lunar - vol. 2
Texto: *Paola Myriam Viscontin*
Ilustraciones: *Luigi Aimè*

1.ª edición: septiembre de 2026

Título original: Dynowish. *Il giglio lunare*

Traducción: *Manuel Manzano*
Maquetación: *El Taller del Llibre, S. L.*
Corrección: *Sara Moreno*

© 2025, Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano.
www.giunti.it
(Reservados todos los derechos)

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.
www.edicionesobelisco.com
(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Picarona, sello infantil de Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: picarona@picarona.net

ISBN: 978-84-9145-958-3
DL B 10183-2026

Impreso en SAGRAFIC
Carrer Joan Güell, 32, 1.º 3.ª - 08028 Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

1 Un intruso en la noche 9

2 El restaurador de sueños 21

3 El Invernadero Lunafloris 29

4 La leyenda de los magos 39

5 Como el gato y el ratón 47

6 Las cajas gemelas 55

7 El ladrón de los tejados 61

8 El sótano misterioso 67

9 Los portales de los sueños 75

10 La lección de Eldoris 85

11 La Academia de los Sueños 93

12 Las tres familias 107

13 Un mensaje urgente 115

14 El guardián de las sombras 125

15 La amenaza oculta 133

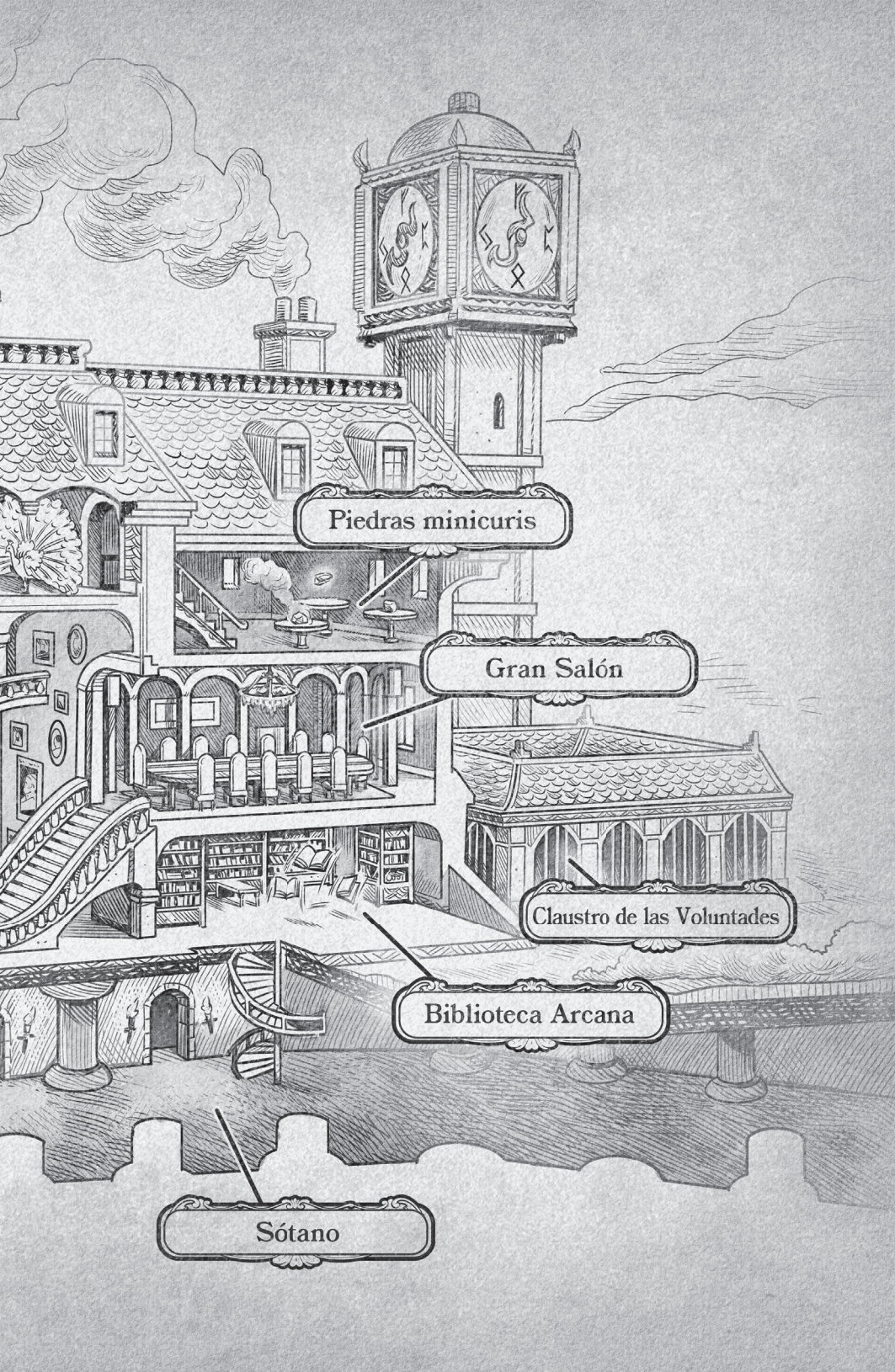
16 El mensaje invisible 139

17 El Dragón Estelar 145

18 El reino del hielo 153
19 Los mapas desaparecidos 163
20 La tierra de Radix Sapiente 177
21 Una prueba de coraje 183
22 Las agujas de luz de Filandria 191
23 La espiral áurea 199
24 El camino de las agujas de luz 205
25 El guardián del No Tiempo 219
26 Una escalada en el vacío 225
27 Trampas y obstáculos 235
28 Las celdas suspendidas 243
29 La furia de Azimur 253
30 El portal Estelarion 263
31 La llave paloma 277

PARA SEGUIR SOÑANDO 293


ACADEMIA DE LOS SUEÑOS
Metamorfosis oníricas
Distribuidor de tejidos
Laboratorio de Eldoris
Invernadero Lunafloris
Tejidos seronitas
Galería de los Retratos
Cristales semilíquidos


Piedras minicuris
Gran Salón
Claustro de las Voluntades
Biblioteca Arcana
Sótano

CAPÍTULO 1



Un intruso en la noche

Un rugido rompió el silencio de la noche e hizo vibrar las ventanas. Ginny se incorporó. Algo se movía en las sombras. Se aferró a las sábanas y contuvo la respiración. Entonces lo oyó de nuevo: un crujido cerca de la puerta y una voz que susurraba: «Ginny, los sueños siguen en peligro...». Luego, silencio de nuevo. Se frotó los ojos, intentó convencerse de que sólo era una pesadilla.

—Pero... ¿dónde estoy? –murmuró, con el corazón latiéndole con fuerza. Buscó a tientas algo a lo que agarrarse y extendió la mano temblorosa. Sus dedos encontraron la suave colcha de terciopelo, y eso la tranquilizó por un momento–. ¡Oh, sí, estoy en Londres, en casa de la tía Rose!Pero no tuvo tiempo de calmarse. Las ventanas volvieron a vibrar, sacudiendo las paredes, que temblaban como si estuvieran a punto de romperse. Relámpagos y truenos se mezclaban con el viento furioso, que doblaba los árboles y hacía que sus ramas se estrellaran contra las paredes de la casa, arañándolas con un sonido estridente.

Entonces, de repente, ocurrió lo impensable: una luz tenue empezó a latir en las paredes. Las flores del papel pintado oscila-

ron como hojas al viento, y las sombras emergieron lentamente de las ramas pintadas. Una a una, tomaron forma ante sus ojos y avanzaron silenciosamente hacia la puerta. Ginny se cubrió la cara con las manos, con el corazón latiendo en su pecho como un tambor de guerra. «¡No, no es posible!», susurró, conmocionada. En ese momento, se oyó un crujido seco. Contuvo la respiración.

—¿Leo? ¿Eres tú? –preguntó con voz chillona. No hubo respuesta–. Mira, si intentas asustarme, ¡te juro que te tiro una zapatilla a la cara! ¡Y tengo muy buena puntería, ya lo sabes!

El silencio en la habitación se hizo más denso, roto sólo por el estruendo de la tormenta. Se estremeció.

—Tenía el presentimiento de que iba a pasar algo. Debería haberte invitado a dormir conmigo, ¡pero no! ¡La valiente Ginny nunca le pide nada a nadie! –murmuró entre dientes–. ¡Yo y mi maldito orgullo!Un nuevo susurro detrás de ella la hizo ponerse rígida.

—¡Ahora o nunca! –exclamó, saltando de la cama, temblando, y dirigiéndose a la ventana.

Buscaba una luz, una señal de que el mundo exterior seguía ahí, en su lugar. Cuando por fin logró abrirla, sólo encontró oscuridad. Oscuridad total, sin estrellas, sin farolas, como si la tierra se hubiera hundido en un abismo. Entonces, en el cielo, algo se movió: una luz dorada, parpadeante, revoloteó como una polilla atrapada. Se inclinó hacia delante, con el corazón en la garganta, cuando una voz, como un eco, resonó a través de la tormenta: —¡Ginny... inny... escucha, los sueños... todos... están otra vez... de nuevo... en peligro... igro... ooo!Retrocedió y cerró la ventana de golpe.

—¡Así que es verdad! –murmuró.

Cayó al suelo, temblando, mientras la tormenta arreciaba con más fuerza. Pero no era el viento lo que la asustaba. Esa voz había despertado algo en su interior, algo que no podía ignorar. Sonaba como la voz de Dynowish.

De repente, oyó el alboroto de alguien buscando a tientas fuera de la habitación, y su corazón se detuvo. Vio girar el pomo y abrirse la puerta, y una luz intensa le iluminó el rostro. La figura difusa de un hombre bajo, pero de aspecto bastante corpulento, apareció en la puerta. Apenas pudo distinguir que llevaba algo parecido a un abrigo largo, con un cinturón colgando suelto a los lados. No pudo vislumbrar su rostro, pero sí vio su cabello despeinado que sobresalía por todas partes, como si la sombría figura no se hubiera peinado en años. ¿Era un loco? ¡Entonces lo supo, había llegado su hora! Realmente había un intruso esa noche, y ahora no tenía escapatoria.



Ginny soltó un grito tan fuerte como para destrozarle los tímpanos a cualquiera. El haz de luz recorrió la habitación mientras ella saltaba para coger algo con qué defenderse. Al ver su labor de punto abandonada en la silla, agarró las agujas con firmeza y, apuntándolas al intruso, gritó: —¡Alto! ¡Estoy armada! ¡Parecen agujas normales, pero en realidad son afiladas espadas japonesas!No tenía ni idea de por qué había dicho semejante disparate, pero vio que la figura retrocedía, tropezaba con su cinturón, se tambaleaba y caía ruidosamente sobre la alfombra. Su amenaza había surtido efecto, y lo celebró. La linterna que sostenía el hombre rodó por el suelo, ella la agarró y con firmeza puso un pie en la espalda del desafortunado.

—¡Quédate donde estás, ya he pedido ayuda y en un instante estarás rodeado!

De nuevo, se sintió poco creíble, a pesar de su valentía. Desde el suelo, una voz apagada murmuró:

—Oh, Ginny, ¿así se recibe a alguien que viene en tu ayuda? ¡Y quítame ese maldito pie de encima! –dijo el intruso, y se le-

vantó, furioso, le arrancó la linterna que sostenía y la apuntó hacia ella como si fuera un arma.

—Leo, ¿estás completamente loco? ¡Casi me das un infarto! ¿En qué estabas pensando? ¡Entras en plena noche y me iluminas la cara! –exclamó furiosa. Luego, cambiando de tono repentinamente, añadió–: ¿Has visto la oscuridad de afuera? No es normal, es como si alguien hubiera apagado el mundo entero. ¡No se ve nada!

—Sí, sí, la he visto, pero créeme, ¡lo que me ha pasado es muchísimo peor! –respondió Leo con preocupación.

Ella miró a su hermano, incrédula.

—¿En serio? ¿Peor que lo que he visto yo? ¡No lo creo! Escucha esto: primero he oído una voz que me llamaba, y luego el papel pintado ha empezado a moverse. Sombras oscuras han emergido de las flores y se han deslizado por la pared hasta el suelo. Y luego han desaparecido. ¡Las he visto con mis propios ojos, Leo! ¡No ha sido un sueño!

—Quizá un reflejo de luz, la oscuridad... ¿estás muy cansada, tal vez?

—¿Cansada? ¿Crees que siempre estoy cansada? ¿Y lo del cuadro de la sala, hace dos días? ¡Giró solo! ¡Ambos lo vimos!

Leo dudó y bajó la mirada.

—Bueno, ese incidente del cuadro sí que fue extraño. Pero quizá fue sólo una coincidencia.

Ella se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—¿Una coincidencia? ¿Y las escaleras que crujen con la música cada noche? ¿Y la ventana de la sala? ¿La que la abuela dice que nunca puede abrir? La vimos moverse sola. ¡Parecía que respiraba!

—¿No sería una corriente de aire? –se aventuró.

—¿Y el reloj de pie? ¡Las manecillas se movieron hacia atrás durante varios minutos!

Leo se quedó en silencio y luego suspiró.

—Está bien, lo admito, pasan cosas inexplicables, pero...

—Mira, algo no va bien en esta casa, y lo sabes perfectamente, aunque siempre intentas restarle importancia y me tratas como si estuviera loca. ¡Ya no puedo dormir por las noches, te lo aseguro!

—¡Pues bien, déjame que te cuente lo que me pasó a mí! ¡Lo peor no tiene límites, hermanita! –murmuró Leo, bajando la voz y acercándose a ella–. Hace un rato he ido a la cocina para beberme un buen vaso de leche, pero la nevera no se abría. He tirado, empujado, incluso se lo he pedido por favor. Nada. Al final, lo he dejado estar y, mientras volvía a mi habitación, he oído un ruido detrás de mí. Me he dado la vuelta, y la nevera se había abierto sola. ¡Sola! ¿entiendes? Y dentro, todo estaba patas arriba. Todo, menos la leche.

Ella lo miró fijamente, hecha un manojo de nervios. No estaba segura de si realmente le convenía tener razón.

—¡Te lo dije! ¡Esta casa está embrujada, y ahora tú también lo admites!

El hermano alzó las manos, derrotado.

—Bueno... ¿embrujada? Quizá sólo sea un lugar un poco peculiar.

—¿Peculiar? ¡Claro! ¡Preferirías inventar cualquier cosa antes que estar de acuerdo conmigo! Esta casa tiene más personalidad que nosotros dos juntos, y está intentando decirnos algo. ¡Tenemos que averiguarlo antes de que sea demasiado tarde!

—No exageres, hay mucho más de qué preocuparse. ¡De la abuela, sin ir más lejos! Escúchame. Cuando por fin me estaba bebiendo la leche, he oído un crujido en el pasillo. He apagado la linterna para que no me vieran y he ido a investigar. ¿Sabes quién estaba ahí? La abuela, abriendo la puerta del reloj y hablando con alguien. Pero... estaba sola, ¿entiendes? ¡S-o-l-a!

—¿Ves? ¡Siempre te lo he dicho! Ese reloj esconde algo.

La hizo callar con un gesto firme.

—¡Shh! ¡Deja de interrumpirme cada dos segundos! La abuela no me ha visto; estaba demasiado ocupada hablando. He vuelto a la cocina, pero seguía escuchándola. Un minuto después, se ha hecho un silencio absoluto. Luego he vuelto a salir, y ella ya no estaba. He buscado por todas partes: escaleras, habitaciones, ¡pero nada! Y lo más raro es que la puerta principal estaba cerrada por dentro. ¿Cómo ha podido salir? No va a volver, Ginny. Nada de esto va a volver.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—Todo esto es culpa tuya, ¿te das cuenta?

—¿Culpa mía? ¿Por qué?

La hermana negó con la cabeza y contuvo un sollozo. Aquella casa parecía querer arrastrarlos a un misterio sin salida.

—¡Nunca me escuchas, es culpa tuya! ¿Cuántas veces te he dicho que ese reloj esconde un misterio? ¡Es idéntico al que tenía tu abuela en las montañas, espero que te hayas dado cuenta! –espetó.

—Ah, claro... ¡Cómo no! –respondió Leo con un tono que parecía decir lo contrario.

—Todo es culpa de mamá: ¡es terca como una mula! Y, no contenta con eso, ¡hasta arruinó mi querido cumpleaños! Nos arrastró hasta aquí, y lo echó todo a perder: sólo un pastel quemado y ningún regalo porque se los dejó todos en casa, ¡claro!

—¡Sí! –Tras unos instantes de silencio, Leo se enderezó, como si hubiera tenido una inspiración–. ¡Oye, tengo una idea! Tenemos que volver allí, a la Habitación Prohibida. Cuando la abuela y mamá nos la enseñaron, simplemente la describió como «una habitación llena de trastos», ¡pero para mí es algo completamente distinto! De hecho, ¿sabes qué te digo? ¡Creo que ahí es donde podemos encontrar algunas pistas sobre adónde ha ido la abuela!

—¿Tú crees? En realidad... ¿por qué demonios nos trajeron allí para luego no decirnos nada? Además, esa habitación está

cerrada como la caja fuerte de un banco: ¡es obvio que son trastos muy valiosos! Pero sigo sin entender el motivo de esa visita...

—Esos objetos emanaban una energía inquietante –dijo Leo–. ¿Y esa piedra en la vitrina?

Ginny asintió pensativa.

—A mí también me llamó la atención enseguida. Parecía un fragmento de Astralux. Y cuando intenté acercarme, me bloqueó, como si fuera un *sheriff*. Sabes, allí me sentí fuera de lugar, casi como si hubiera entrado en el Reino de los Sueños. –Hizo una pausa y bajó la mirada–. Y te diré más, tengo un presentimiento: creo que la tía tiene una conexión con Dynowish. Ya sé, suena absurdo, y me dirás que sólo soy la soñadora de siempre y bla, bla, bla...

—¿Y qué sé yo? ¡Ni siquiera la conozco! Puede que la viera una vez cuando era pequeño. Quizá tú la recuerdes mejor que yo. Una cosa es segura: cuando estábamos en esa habitación, tanto la abuela como mamá parecían dos locas, y a la mañana siguiente mamá se fue sin siquiera despedirse. ¡Quizá esos objetos sí tienen un poder: vuelven loca a la gente! –concluyó mientras abría mucho los ojos y se empezaba a poner nervioso.

Su hermana lo congeló con la mirada, aunque era difícil no reírse cuando hacía esas muecas.

—¡Deja de decir tonterías, éste no es el momento!

Leo continuó impávido, hasta que ambos estallaron en una carcajada. Afuera, la tormenta parecía haber amainado y la atmósfera se había vuelto más ligera. Ginny, con la tensión de las horas anteriores aliviada, sacó una pequeña lima del bolsillo de su bata y comenzó a limarse las uñas.

Su hermano la miró con incredulidad.

—¿En serio? ¿No te parece que no es momento para un concurso de belleza?

—Bueno, mejor unas manos bien cuidadas que tus uñas sucias. ¡Apuesto a que te las cortaste con las tijeras de podar

—Mira, déjalo estar, no tiene sentido discutir. ¡Siempre tienes la razón! –resopló exasperado–. Así que creo que estamos de acuerdo: tenemos que volver allí ya mismo, ¿no?

—Sí, sí, pero ¿cómo? ¡Esos objetos «inútiles» están encerrados en una habitación impenetrable, con candados del tamaño de cocos! –respondió ella y se cruzó de brazos.

—Querida hermanita desconfiada, ¿no recuerdas lo que siempre dice la abuela? «Lo imposible es sólo lo posible que aún no podemos ver». Y tú, ¿no crees en mis habilidades? –le preguntó, con un tono provocador.

—¡Vale, aunque no sé cómo lo haremos! Y que quede claro: si se enteran, ¡será culpa tuya!

—¡No hay problema! De todas formas, no hay nadie en casa. Y si quieres saberlo, ¡ya tengo un plan preparado!

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

—Elemental, Ginny, elemental. ¡Por las ventanas!

—¿Qué ventanas?

—No prestaste atención, claro, pero había una ventana escondida tras unas tablas de madera. Si te fijas, puedes ver otras desde fuera que dan al patio. ¡Deberías observar más los detalles, hermanita, como dice Sherlock Holmes!

Ella lo miró, impresionada.

—¡Oye! No eres malo como aprendiz de detective. ¡Venga, vamos a echar un vistazo! –dijo, dirigiéndose a la puerta.

En ese momento, una repentina ráfaga de viento, seguida de un rugido, los sobresaltó a ambos. La luz de la lámpara se apagó y los sumió en la oscuridad total.

—¡Maldita sea, Leo! ¡Otra vez esa terrible tormenta! –exclamó Ginny, temblando y aferrándose al brazo de su hermano.

Tres fuertes golpes resonaron desde la puerta principal, reverberando en los dos tramos de escaleras y sobresaltándolos.

—Pero... ¿quién será a estas horas? –susurró Ginny aterrorizada.

—¡No tengo ni idea!

De nuevo se oyeron golpes, ahora aún más fuertes.

—¿P-podría ser la abuela? Quizás ha perdido sus llaves –balbuceó.

—¿La abuela? ¡Ella nunca pierde nada, ya lo sabes!

—Entonces... ¿Quién?

Se miraron a los ojos, desconcertados. Entonces Leo se aclaró la garganta e intentó recomponerse.

—Pensémoslo. Si nos quedamos aquí, nunca lo sabremos, ¿no? Venga, vamos a ver quién es.

—¡No! ¡Eso no me parece buena idea en absoluto! –protestó.

—No la abriremos del todo, obviamente. Hay una cadena de seguridad, ¿verdad? Quizá la abuela pensó en enviar a alguien para que nos cuidara. Como con ella en las montañas, ¿recuerdas? Después de la tormenta, cuando desapareció, llegó Catrine...

—Claro que lo recuerdo, pero esta vez es diferente –respondió con inquietud–. No me gusta esta historia. ¿Y si es un ladrón?

Sus palabras fueron interrumpidas bruscamente por otro golpe violento en la puerta, tan fuerte que la sobresaltó. Se le hizo un nudo en la garganta y se le secó la boca por completo. Intentó hablar, pero no pudo emitir ningún sonido.

Leo, ignorando sus objeciones, le indicó que lo siguiera.

—¿Un ladrón que llama a la puerta? ¡No seas tonta! –murmuró mientras la cogía de la mano con firmeza.

—¡Espera, escúchame por una vez! –logró decir Ginny, como por arte de magia. El miedo le había devuelto la voz–. ¡No vayamos! ¿Y si es peor que un ladrón? ¡Quizá sea una trampa de Azimur! Te he dicho que justo antes de que llegaras he oído una voz que decía que los sueños estaban en peligro. ¡Quizás era Dynowish, y esto podría ser una trampa de Azimur!

—¡Vamos, Ginny! Sombras, voces misteriosas, ¿y ahora también Azimur? ¡No puedo con esto! –dijo Leo, estallando en carcajadas.

Su arrogancia le costó un codazo en el estómago.

—Bueno, lo siento. ¡Estaba bromeando! –balbuceó, frotándose el abdomen–. Siempre estás a la defensiva, ¿verdad?

Ginny lo fulminó con la mirada, pero él continuó, con un tono más serio.

—En fin, no he recibido ningún mensaje, y si hubiera sido Dynowish, nos habría avisado a ambos. ¡Así que deja de fantasear y vámonos!

—¡Gracias por la lección, listillo! –lo regañó, resoplando con terquedad. Nada le devolvía el valor tanto como discutir con su hermano.

—¿Oyes? Están llamando otra vez. Voy a ver quién es, ¡tú haz lo que quieras! –dijo Leo mientras se levantaba de un salto.

—Ah, claro. Quieres que me quede aquí sola, ¿verdad? ¿Para que te burles de mí durante un año entero? ¡Olvídalo, voy contigo! –replicó Ginny, luchando por levantarse, como si un peso invisible la sujetara.

Leo esbozó una sonrisa que parecía decir: «Con lo cobardica que eres, imagínate si te dejara sola», pero antes de subir las escaleras se dio la vuelta.

—¡Oye, cuidado con el tercer escalón! Desde ayer se hunde de repente. ¡Agárrate a la barandilla!

—¡Ya hora esto también! –resopló Ginny.

De nuevo sonaron unos golpes fuertes, más fuertes que antes, casi furiosos. Un relámpago atravesó el cielo y una sombra cruzó una ventana de la planta baja, justo cuando sus pies descalzos aterrizaron en las frías baldosas de la entrada.

Leo se acercó a la puerta. Antes de abrirla, enganchó la cadena de seguridad y giró la llave, mientras su hermana, con la linterna en alto, hacía todo lo posible por calmar el temblor de sus manos.

Al abrirse la puerta, una violenta ráfaga de viento y lluvia los obligó a retroceder. El cerrojo se soltó inexplicablemente, como si una mano invisible lo hubiera arrancado de su guía, y la puerta, en un instante, se abrió de golpe.

Frente a ellos había un hombre empapado, vestido con una gran capa azul y jadeante.

—¡Necesito la llave! –dijo antes de desplomarse en el suelo.

CAPÍTULO 2



El restaurador de sueños

Los dos hermanos no pudieron evitar gritar de terror. Sus corazones latían tan fuerte que Ginny instintivamente se llevó una mano al pecho, como para asegurarse de que no se le escapara. Entonces, tratando de armarse de valor, se acercaron a la esbelta figura inmóvil en el suelo. Tardaron unos instantes en reconocer a la persona envuelta en una capa desgastada que había visto días mejores. De la manga sobresalía una mano seca y nudosa que, a pesar de la caída, seguía firmemente agarrada a un gran palo: lo agarraba con fuerza, como si soltarlo fuera impensable. La capucha, deslizada hacia un lado, revelaba una larga, espesa y blanca cabellera, enrollada alrededor de la cabeza de tal manera que parecía un extraño sombrero de copa.

—¡Pero si es Agarth! –murmuró Leo con incredulidad. Se le trababa la lengua y apenas era capaz de hablar. Azotados por la lluvia y las ráfagas de viento, arrastraron con dificultad a su viejo amigo mago al interior de la casa.

—¡Agarth, somos nosotros! ¿Qué te ha pasado? Tienes que recuperarte, por favor. ¡Intenta despertar!

Pero el hombre, tendido de lado, permaneció inmóvil. Parecía inconsciente.

—¡Tal vez debería beber un poco de agua, está agotado! –sugirió la niña, intentando sostenerle la cabeza.

—Voy a la cocina ahora mismo a buscarla, pero espero que el grifo coopere y no se comporte como el frigorífico. ¡Quédate aquí!

Ginny dudó, aterrorizada ante la idea de quedarse allí, sola, con Agarth inconsciente. Por fin, cerró los ojos, reconfortada al saber que había un mago a su lado, maltrecho, sí, pero quizás aún lo suficientemente fuerte como para protegerla. Cuando su hermano finalmente regresó con un vaso de agua, intentaron que levantara la cabeza para beber, y en cuanto Agarth mojó los labios, se incorporó con una sonrisa.

—¡Perfecto! Agua de Francenne, justo lo que necesitaba. ¿Cómo lo has sabido?

—Hum... ¡En realidad no lo sabía! –tartamudeó Leo, avergonzado–. Simplemente la saqué del grifo.

—¡Rose todavía la usa, siempre tan previsora! –dijo Agarth, aliviado. Y luego añadió–: ¡Rápido, niños! No hay tiempo que perder, estoy demasiado débil para levantarme. Necesito la llave.

—¿La llave? ¿Qué llave? –preguntó Leo, que ya había recuperado su habitual capacidad parlanchina.

—En el cajón del armario. Aún debe de estar envuelta en papel celeste. Anda, te espero aquí. ¡Me terminaré el agua y me pondré bien! –Y volvió a beber con evidente alivio.

Los niños querían bombardearlo con preguntas, pero Agarth no era hablador, y su petición era una orden. Así que, sin discutir, se apresuraron al comedor.

Enseguida encontraron el mueble indicado, y en cuanto se acercaron, el cajón se abrió solo, como si los estuviera esperando. Dentro, envuelta en papel azul, encontraron una hermosa llave de plata. Corrieron a dársela a Agarth y, al pasar junto al

reloj, vieron que la puerta estaba abierta de par en par. Alarmados, miraron hacia la puerta de entrada: el mago había desaparecido. En su lugar, sólo quedaba un gran charco de agua azul en el suelo.

—¡No, no es posible! ¡Él también ha desaparecido! Es el reloj, lo sé, estoy segura. ¿Y si también nos traga a nosotros dos? ¡Tengo miedo! ¿Qué hacemos? –gimió Ginny.

El hermano se acercó a la puerta, pero un repentino movimiento en la palma de su mano lo hizo estremecer: la abrió de golpe y la llave se deslizó y cayó al suelo, en el centro del charco. Al contacto con el líquido, la llave comenzó a agrandarse rápidamente, moviéndose como un pez dorado. Pequeñas alas plateadas le brotaron a los lados, temblando como aletas. Creció cada vez más, hasta alcanzar el tamaño de una mano. Luego, sin previo aviso, saltó al aire y voló hacia la puerta principal, abierta de par en par por una ráfaga de viento. Un relámpago rasgó el cielo, seguido de un destello que iluminó todo como si fuera de día. La llave alada permaneció suspendida por un instante, vibrando en el aire como si dudara sobre la dirección a tomar, y luego desapareció, engullida por la oscuridad de la tempestuosa noche.

La puerta se cerró con un ruido fuerte, pero enseguida se abrió de nuevo, como empujada por una fuerza invisible.

Una figura imponente apareció en la puerta, envuelta en un abrigo morado que dejaba al descubierto una falda lila. Un paraguas negro le ocultaba la mitad superior del rostro, mientras que un pañuelo blanco le cubría la boca.

Entró con paso decidido y cerró la puerta de un golpe seco. Dejó una bolsa en el sofá, sacó una lámpara y la encendió, iluminando la entrada. Luego lanzó una mirada de desaprobación hacia el charco de agua y se dirigió a los niños con tono severo:

—¡Y ahora, por las barbas de Merlín, hablemos de cosas serias! –Con un gesto enérgico se quitó el abrigo y continuó–: ¡Por todos los cielos! ¿Qué hacéis aquí descalzos, con la puerta abier-

ta y las luces apagadas? Y no hablemos del lago que cubre el suelo ni del vaso abandonado ahí en medio... ¿Pensabais que estabais en la playa? Vuestra madre acaba de irse y la abuela me ha informado de que un imprevisto la ha obligado a regresar a Salimeaux. Me apresuro a venir en medio de esta tormenta y... ¿es esta la bienvenida que pensabais darme?

Los niños intentaron responder, pero su mirada los silenció.

—Seguro ya habréis entendido quién soy, así que más vale que os quede claro desde el principio con quién estáis tratando, antes de que terminéis con un par de bonitas orejas de burro. No tengo nada en contra de los niños, pero hay tres reglas que debéis conocer desde ya. Regla número uno: escuchar con los oídos. Regla número dos: escuchar con la cabeza. Regla número tres: escuchar con el corazón. Oídos, cabeza, corazón, ¡categórico! De lo contrario, os transformo así. –Se volvió hacia su bolsa y llamó–: ¿Fred? –De la bolsa salió una horrible criaturita marrón parecida a un sapo, pero con un extraño mechón en la cabeza, ojos rojo bermellón y extrañas protuberancias en el lomo. Parecía molesta por la luz de la lámpara, y al cabo de un momento, ¡se metió de nuevo en la bolsa con un golpe sordo!

—¡Ten cuidado, caramba!

La mujer abrió de nuevo su bolso, y esta vez sacó una gran caja transparente. La levantó con delicadeza y extrajo una hermosa flor ligeramente marchita, que manipuló con el mismo cuidado que habría tenido con una mariposa viva.

—¡Una de mis flores más preciadas, la flor lechosa! ¡Y este sapo casi la aplasta con su torpeza! –exclamó molesta–. ¡Admirad, niños, esta maravilla! Delicada y etérea, pero por los caprichos de Céfiro, está perdiendo su vigor. Debo llevarla al Invernadero Lunafloris justo antes de que salga el Sol. ¡Mañana os contaré más detalles sobre esta flor, aunque mi querida hermanita, vuestra abuela, terca como una mula ante un arroyo, no quiere que la veáis! –resopló con impaciencia–. Siempre cree

que tiene la razón: «Se hace así, Rose. ¡No, espera! Se hace asá. ¡Las tradiciones deben seguirse al pie de la letra!». ¡Por todos los cielos, ¿es que no mira a su alrededor? ¡Parece que se quedó en la Edad de Piedra! Pero mi tarea principal es proteger una flor única y especial que pronto os mostraré: el lirio lunar –declaró con tono firme.

Dicho esto, se acercó al reloj con paso decidido, sacó una llave del bolsillo, la insertó en la cerradura del centro de la esfera y la giró tres veces con precisión. Luego golpeó suavemente la caja de madera con los nudillos. —¡No olvides el mensaje; debe llegar hoy! –murmuró, como si hablara con un interlocutor invisible.

Se volvió hacia los niños y, como si acabara de hacer lo más natural del mundo, añadió: —¡Ay, por las varitas del Hada Desmemoriada! Se me olvidó presentarme: llamadme tía, tía Rose para ser más precisos. –Presionó el interruptor y la escalera se iluminó–. ¡Y ahora dejad de mirarme con la boca abierta como dos peces en un acuario! En un segundo puedo convertiros en los nuevos huéspedes de mi maravillosa colección de peces exóticos. Vamos, a dormir: uno, dos, tres, ¡marchen! ¡Categórico! –concluyó, con una risita aguda que les recordó a la de su abuela.

Los dos niños, aún conmocionados e incapaces de pronunciar palabra, simplemente asintieron y subieron las escaleras. Se detuvieron en cuanto llegaron a la puerta del dormitorio de Ginny.

—¿Así que ésta es la tía Rose? No es normal, ¿te das cuenta? ¿Qué nos puede enseñar alguien así? ¿Y esas reglas tan locas? Escucha con la cabeza, escucha con las orejas... ¡Vamos! ¿Y qué hay de la flor de invierno que debe proteger? ¿De qué? Papá tenía razón: ¡está loca! ¡Y aquí estamos, solos, con ella, y en peligro! –exclamó Ginny con los ojos brillantes.

—No te pases, anda. ¡Quizá hasta sea divertido, quién sabe! –farfulló Leo para tranquilizarla. Pero al encontrarse con su mi-

rada perruna, suspiró–. Vale, vale, lo admito: yo también he pensado que era rara, ¡pero no tanto!

No había terminado de hablar cuando se dieron cuenta de que su tía estaba allí, justo detrás de ellos.

—Chicos, hay una cosa que no soporto: que hablen a mis espaldas. ¡Categórico! Ya habéis hecho bastante por hoy, y he sido indulgente. No creo que queráis hacerme enfadar nada más llegar, ¿verdad? –dijo con tono mordaz y expresión molesta.

—Pero, tía, ¿cómo has llegado tan rápido? –intervino Leo enseguida, intentando cambiar de tema.

La mujer, con una sonrisa pícara y la mirada de alguien a punto de hacer una travesura, se sentó en la barandilla, se deslizó hasta el piso de abajo en un abrir y cerrar de ojos y volvió a subir por el mismo camino, volviendo a su lado tan rápido como había bajado.

—¿Para qué subir las escaleras cuando puedes deslizarte como las bolas de billar? –dijo, soltando una carcajada. Luego, cambiando de tono y recuperando su semblante severo, declaró–: Mañana por la mañana, levantaos a las siete en punto y, justo después del desayuno, visitad el Invernadero Lunafloris. ¡Categórico!

Entonces salió disparada a toda velocidad y aterrizó en la planta baja, taconeando como un soldado. Los niños la observaron hasta que desapareció tras una puerta.

—Bueno, Leo, dada la situación tan inusual, esta noche, si de verdad insistes, ¡podemos dormir juntos! –murmuró Ginny, subiendo las escaleras hacia la habitación de su hermano. Tenía esa mirada de suficiencia que ponía a Leo terriblemente nervioso, y siguió adelante sin esperar su respuesta.

—¡Ja, ja! Si insisto... ¿yo? –se rio entre dientes mientras la seguía.

—Lo digo por ti, hermanito. Por si acaso nuestra tía vuelve a aparecer. ¡Creo que es mejor que nos quedemos juntos para poder protegerte!

—¿Tú protegerme a mí? ¡Claro, claro! Quizá esta noche nuestra tía se materialice en la oscuridad con un sombrero puntiagudo y una escoba voladora y me lleve por los tejados...

—Bueno, ¡no me sorprendería nada, si quieres saber mi opinión! Además, ¡soy la hermana mayor y, como tal, tengo responsabilidades! –replicó ella, molesta.

—Como tener pavor a los ladrones, por ejemplo, o, no sé, ¿tener un miedo terrible a las tormentas eléctricas? –bromeó mientras cerraba la puerta del dormitorio y se dirigía al armario a buscar su pijama.

—¡Vaya, cuando les haces favores a los ingratos, sólo te responden con desplantes! Por cierto, ¿me prestas un pijama? –preguntó, cambiando de tono.

—¿Tienes miedo de bajar sola a tu habitación a buscar uno tuyo?

—¿Qué insinúas? Estoy muy cansada y quiero dormir y también hablar un momento sobre lo que ha pasado. ¡Eso es todo!

—¡Claro! –comentó con una sonrisa irónica mientras se deslizaba rápidamente bajo las sábanas.

—No, Leo, espera un momento. Si te acuestas, te quedarás dormido en un nanosegundo. Para ti, la cama es como un frasco de pastillas para dormir: ¡en cuanto la tocas, te quedas aletargado!

Mientras tanto, Ginny agarró el pijama de su hermano y se lo puso a toda prisa. Le quedaba algo ajustado, ya que los pantalones apenas le cubrían hasta la mitad de las pantorrillas, pero la sola idea de bajar a por su propio pijama le resultaba inimaginable. Después de volverse un instante para encender la lámpara de la mesilla y apagar el interruptor de la luz del techo, no perdió ni un segundo más y se metió bajo las sábanas junto a Leo. Luego siguió hablando.

—¿Qué crees que nos enseñará la tía mañana? ¿De qué invernadero hablaba? Ni mamá ni la abuela lo han mencionado nunca. ¿Y esa flor tan rara? ¡Guau!